

DICASTERIO PARA LA EVANGELIZACIÓN

Cuadernos del Concilio

*Materiales para la preparación
del Jubileo 2025*



Adquiere el volumen completo
con los 34 *Cuadernos* en:

www.bac-editorial.es

CONSTITUCIÓN
SACROSANCTUM CONCILIUM
SOBRE LA SAGRADA LITURGIA

CUADERNO 13



CUADERNO 13

LOS TIEMPOS FUERTES
DEL AÑO LITÚRGICO
(SC 102, 109-111)

MAURIZIO BARBA

Antes de emprender este recorrido de profundización sobre el año litúrgico, nos vemos obligados a una aclaración terminológica. Cuando hablamos de tiempos «fuertes» —admitiendo que esta terminología sea correcta—, normalmente entendemos el Adviento, la Navidad, la Cuaresma y la Pascua, descuidando el llamado Tiempo Ordinario, las celebraciones de la santísima Virgen María y de los santos, como si estas celebraciones fueran relegadas a los tiempos «débiles». En cambio, la Iglesia celebra en las diversas celebraciones del año litúrgico el único y mismo misterio pascual de Cristo «desde la encarnación y el nacimiento hasta la ascensión, el día de Pentecostés y la expectativa de la feliz esperanza y venida del Señor» (SC 102).

Para entender qué es el año litúrgico, nos parece que es bueno partir de una metáfora: se puede pensar en la idea de una nebulosa primitiva desde la que se formaron el sol y los planetas. Esta teoría propuesta por Immanuel Kant (1724-1804) y Pierre Simon Laplace (1749-1827) está en la base de la concepción moderna de nuestro sistema planetario. Según Laplace, esta nebulosa que gira en torno a un eje se contrajo por efecto del enfriamiento aumentando su velocidad de rotación hasta que la fuerza centrípeta dejó de ser suficiente para contener toda la masa junto su centro e hizo que se despegaran anillos de gas que, condensándose en estructuras individuales, llevaron a la formación de los planetas y posteriormente a la de sus satélites.

La teoría de Laplace nos ofrece la visión icástica de un eje gravitacional alrededor del cual todo encuentra su origen y su fin: el misterio pascual de Cristo, es decir, el acontecimiento de su

pasión, muerte y resurrección. En efecto, es el momento fundamental de la historia de la humanidad en el que todo cambió: ¡esa mañana en la que un hombre salió vivo del sepulcro! No para volver a morir, como ocurrió por ejemplo con Lázaro, sino para vivir eternamente. Desde ese instante, la muerte dejó de ser la palabra definitiva sobre el destino humano para empezar a ser el inicio de una nueva existencia, una nueva vida, la verdadera y duradera, inaugurada por el humilde hijo del carpintero de Nazaret: ¡Jesús!

A lo largo de los siglos, la Iglesia ha ido madurando su conciencia sobre el valor fundamental del misterio pascual de Cristo para ponerlo en el centro de la experiencia de la fe y la celebración de los creyentes.

A lo largo del año litúrgico, la Iglesia conmemora mediante la sucesión de los tiempos litúrgicos los distintos misterios de la redención que encuentran su fuente y su cumplimiento en la Pascua. La *Sacrosanctum Concilium* afirma que «la santa Madre Iglesia considera que es su deber celebrar la obra de salvación de su divino esposo con un sagrado recuerdo, en días determinados a lo largo del año» (SC 102). Utiliza la expresión *sacra recordatione celebrare* para significar que no se trata de un simple recuerdo psicológico, sino de una celebración que actualiza lo que se celebra. Recordando esos misterios a lo largo del año, la Iglesia «abre la riqueza de las virtudes y de los méritos de su Señor, de modo que los hace presentes en cierto modo, durante todo tiempo, a los fieles para que los alcancen y se llenen de la gracia de la salvación» (SC 102).

Este número del texto conciliar responde a un interrogante: si el acontecimiento pascual sucedió «de una vez por todas» y se puede colocar históricamente a una distancia temporal de unos dos milenios, ¿cómo nos puede afectar hoy en día? El Concilio afirma que en las celebraciones del año litúrgico tomamos contacto con los misterios de la vida de Jesús y con la gracia de la salvación. Santo Tomás de Aquino dice que el misterio «*presentialiter attingit omnia et tempora*» (toca todos los lugares y todos los tiempos) y nos permite ser contemporáneos al acontecimiento celebrado.

El año litúrgico no es una sucesión filmica de eventos pasados, sino la participación en la historia de Jesús mediante la comunión con el Resucitado a lo largo de los tiempos. Los eventos que

la Iglesia celebra cada año no son acontecimientos conservados en el archivo de la historia porque —como recuerda san León Magno— «ese día no pasó, como tampoco ha pasado la fuerza íntima en la obra que entonces fue realizada por el Señor». San Agustín lo reafirmaba diciendo: «Lo que sucedió una vez en la realidad histórica, la solemnidad [litúrgica] lo celebra de manera recurrente, renovándolo así en el corazón de los creyentes». Año tras año, la repetición en la celebración de los mismos acontecimientos salvíficos de Cristo no ha de ser percibida como una monotonía, casi como un eterno regreso a los mismos acontecimientos, sino como una apertura progresiva, cada vez más amplia, hacia el infinito eterno de Dios. A san León Magno le gustaba decir que «en el retorno cíclico de cada año se reactualiza para nosotros el misterio de nuestra salvación: un misterio que, prometido desde el inicio y llevado a cabo al final, se prolongará sin tener nunca fin».

En esta contribución recorreremos, por tanto, algunas etapas del año litúrgico en las cuales la Iglesia celebra el misterio de Cristo: «desde la encarnación hasta Pentecostés y la espera de la venida del Señor» (*Normas universales sobre el año litúrgico y sobre el calendario*, 17; cf. en *Misal Romano*, Madrid 2016, 101); es decir, nos adentraremos en el ciclo pascual con los tiempos de Cuaresma y de Pascua y en el de la manifestación con los tiempos de Adviento y de Navidad. De estos tiempos, junto con un enfoque histórico, consideraremos el valor teológico y litúrgico contenido en ellos, presentando incluso algunos elementos expresivos emergentes de la piedad cristiana, a saber, algunas manifestaciones de la sensibilidad popular con las cuales se expresa el sentimiento religioso ante Dios, según la diversidad de culturas.

I. EL TIEMPO DE CUARESMA: PURIFICADOS POR LAS AGUAS DEL BAUTISMO Y LAS LÁGRIMAS DE LA PENITENCIA

1. Los cuarenta días

La Cuaresma es el tiempo del año litúrgico que va del Miércoles de Ceniza hasta el jueves de la Semana Santa, cuya dura-

ción es simbólicamente de cuarenta días. El Concilio Vaticano II prestó una especial atención a la hora de presentar el tiempo de Cuaresma en el número 109 de la constitución litúrgica *Sacrosanctum Concilium*.

El texto conciliar subraya los elementos principales que sostienen el camino cuaresmal de la Iglesia, es decir: el bautismo —con su recuerdo o la preparación a él—, la penitencia, la escucha asidua de la Palabra de Dios y la oración. Con ello quiere mostrar su referencia fundamental para comprender su valor y significado. En el proceso de formación de este periodo de preparación a la Pascua, el recuerdo del bautismo y la penitencia es la clave de interpretación de la Cuaresma y de su relación con la vida del cristiano y la Iglesia. Para la primera dimensión, el Concilio recomienda la recuperación de los elementos bautismales; para la segunda se insiste en el sentido personal y social del pecado.

No por nada, *Sacrosanctum Concilium* habla en su número 110 del ayuno penitencial exterior e interior, recuperando una praxis antigua en su más genuino sentido de espera al Resucitado.

Con esta orientación, la reforma litúrgica precisa la meta, la estructura y la duración de este periodo: se determina ante todo que la Cuaresma tiene el fin de preparar la Pascua, es decir, de conducir a la celebración del misterio pascual tanto a quienes se preparan para ser cristianos, los catecúmenos que recibirán los sacramentos de iniciación cristiana durante la vigilia pascual, como quienes, siendo ya cristianos, renuevan su adhesión al Señor mediante el recuerdo del bautismo y el compromiso de conversión a través de la penitencia. Además, el periodo cuaresmal está estructurado de manera lineal con el fin de poner mejor de manifiesto el itinerario que ofrece la Iglesia a cada cristiano para llegar renovado a la celebración del misterio pascual. Por último, la duración se fija en cuarenta días, una expresión temporal que, según la tradición bíblica, caracteriza la preparación del encuentro del hombre con la trascendencia, con Dios, mediante una *pars destruens*, es decir, el abandono de los ídolos y de la vida pecaminosa, y una *pars construens*, a saber, la adhesión a Dios y la fidelidad a la alianza. En la determinación de la duración de la Cuaresma tuvo un peso significativo la tipología bíblica de los cuarenta días: el ayuno de cuarenta días del Señor (Mc 1,12-13;

Mt 4,1-11; Lc 4,1-13); los cuarenta días del diluvio universal (Gen 7,17-20); los cuarenta días transcurridos por el pueblo de Dios en el desierto (Dt 2,7); los cuarenta días transcurridos por Moisés en el monte Siná (Ex 24,12-18.34); los cuarenta días durante los cuales el gigante filisteo Goliat se enfrentó a Israel hasta que David avanzó hacia él, lo abatió y lo mató (1 Sam 17,1-51); los cuarenta días durante los cuales Elías, fortalecido por el pan cocido bajo las cenizas y el agua, llegó al monte de Dios, el Oreb (1 Re 19,3-8); los cuarenta días en los que Jonás predicó la penitencia a los habitantes de Nínive (Gen 31,1-4).

Por lo tanto, la Cuaresma es el tiempo en el que toda la Iglesia se recoge en oración, bajo la guía de la Palabra de Dios, para alcanzar a Cristo en su misterio de pasión, muerte y resurrección mediante un compromiso ascético de constante conversión, convirtiéndose así en escuela vital de purificación e iluminación, según la enseñanza del Señor: «Convertíos y creed en el Evangelio» (Mc 1,15).

2. El viacrucis

Entre los diversos ejercicios piadosos con los que los fieles veneran la pasión del Señor, especialmente en el periodo de Cuaresma, el viacrucis sobresale significativamente porque es una de las formas más arraigadas y practicadas por el pueblo de Dios.

Nace para recordar el camino doloroso recorrido por Jesús en su vida terrena, desde el momento en el que él y sus discípulos «después de cantar el himno, salieron para el monte de los Olivos» (Mc 14,26), hasta cuando el Señor fue llevado al Gólgota (Mc 15,22) y fue crucificado y sepultado en un sepulcro nuevo, cavado en la roca (Mc 15,46). Un camino duro, agotador y de extremo sufrimiento, marcado también por encuentros y miradas entre Cristo y sus amigos y enemigos o personas que estaban en ese lugar y en ese momento casi por casualidad, como fue el caso del Cireneo. En esta «peregrinación», cuyas fuentes son los evangelios y la tradición popular de las peregrinaciones a Tierra Santa, Cristo sufre y ofrece su vida en rescate y salvación de la humanidad.

Al final del siglo iv, la peregrina Egeria —una monja de Galicia que nos dejó en su diario de viaje un precioso testimonio de los usos litúrgicos en Tierra Santa— nos ofrece algunas noticias sobre la construcción de tres edificios sobre la cima del Gólgota: el *Anástasis*, la pequeña iglesia *ad crucem* y el *Martyrium*. Da testimonio de que en Jerusalén se practicaba una procesión por los lugares de la pasión de Cristo, forma embrionaria de lo que más tarde sería el viacrucis. La representación de los diversos episodios dolorosos ocurridos a lo largo del camino contribuía a implicar con una fuerte carga emocional a los espectadores. Esta procesión fue reproducida a su regreso a su patria por los peregrinos que habían ido a Jerusalén a visitar los lugares de la vida de Cristo.

El viacrucis se desarrolló en su forma actual a partir de la fusión de varias devociones surgidas en la Edad Media: la devoción a las «caídas de Cristo» bajo la cruz; a los «caminos dolorosos de Cristo», que consistía en la procesión de una iglesia a otra en memoria de los trayectos de dolor hechos por Cristo durante su pasión; a las «estaciones de Cristo», es decir, a los momentos en los que Jesús se paró a lo largo del camino hacia el Calvario, presionado por los verdugos o agotado por el cansancio o las heridas o incluso en el encuentro con diversas personas a lo largo de su camino de dolor. Esta forma de viacrucis, preparada gracias a la devoción de san Bernardo de Claraval († 1153), san Francisco de Asís († 1226) y san Buenaventura († 1274), se difundió gracias a los incansables esfuerzos del fraile menor Leonardo de Puerto Mauricio († 1751) y fue aprobada y enriquecida con indulgencias por la Sede Apostólica. En la España de la primera mitad del siglo xvii aparecen ya testimonios de su configuración en las actuales catorce estaciones, sobre todo en ambientes franciscanos. De la península ibérica pasó primero a Cerdeña, entonces bajo el dominio de la corona española, y luego a la península itálica.

La práctica del ejercicio piadoso del viacrucis sostiene e incrementa la espiritualidad cristiana porque recuerda no pocas características: la concepción de la vida como camino o peregrinación, como paso del exilio terreno a la patria celestial a través del misterio de la cruz; el deseo de conformarse profundamente con la pasión de Cristo; las exigencias de la *sequela Christi*, por

la que el discípulo debe caminar detrás del Maestro, llevando su cruz cada día (cf. Lc 9,23).

Si bajo el perfil artístico, la iconografía de la crucifixión de los siglos XII-XIII pasa de la representación del *Christus triumphans* al *Christus patiens*, bajo el perfil teológico se traza la convicción de que en la cruz de Cristo no solo se realizó la redención mediante el sufrimiento, sino que fue redimido el propio sufrimiento humano (cf. JUAN PABLO II, *Salvifici doloris*, 19). Desde el punto de vista cristiano, el sufrimiento se reviste de una connotación salvadora si se acoge y se vive como participación en la pasión y muerte de Cristo, que redimió a la humanidad ofreciéndose a sí mismo como víctima pura e inmaculada en el altar de la cruz. Por lo tanto, mirando la vida histórica de Jesús de Nazaret, representada en el momento álgido de su dolor, el cristiano sabe que el sufrimiento y la muerte son signos proféticos que se llenan de sentido gracias al misterio pascual de Cristo. El sufrimiento y la muerte llevan a la desesperación cuando se encierran en sí mismos, pero abren hacia la esperanza si se orientan hacia un horizonte de vida. Y ese horizonte es la vida eterna inaugurada por el crucificado resucitado que resurge con su cuerpo glorioso, marcado al mismo tiempo con esas «heridas» que, por el poder del Espíritu Santo, se convierten en «lucernarios» de luz y esperanza.

II. EL TRIDUO PASCUAL: LA CELEBRACIÓN DEL MISTERIO PASCUAL EN TRES DÍAS

A partir de la celebración dominical, la fiesta primordial en la que se celebra el misterio pascual con una frecuencia semanal, muy pronto los cristianos comenzaron a celebrar el misterio pascual de forma más solemne en el «gran domingo del año» llamado «Pascua».

La importancia especial que esta «solemnidad de solemnidades» revestía en el corazón y la mente de los cristianos fue celebrada con un triduo que recalcaba de manera unitaria el triple contenido de ese misterio: la pasión, muerte y resurrección

de Jesús. De ella derivan y hacia ella convergen el resto de las celebraciones, al igual que de ella emana la fuerza santificante y santificadora de todos los sacramentos y los sacramentales.

El acontecimiento pascual celebrado en los tres días del triduo constituye una sólida unidad como celebración del misterio de la salvación que Dios quiso realizar en el mundo. Estos tres días tienen en efecto como denominador común el acontecimiento pascual por el que la Iglesia celebra la pascua de la pasión el Viernes Santo, la pascua de la sepultura el Sábado Santo y la Pascua de resurrección el domingo.

Desde el siglo IV en adelante se sintió la necesidad de situar en un contexto histórico esta visión global y unitaria del misterio pascual de Cristo muerto, sepultado y resucitado. Por influencia de la comunidad de Jerusalén, que custodia los lugares donde se llevó a cabo la acción histórica de Jesús de Nazaret, comenzó a abrirse camino y a prevalecer el criterio de ponerla en su contexto histórico, por lo que cada episodio de la vida de Cristo se debía conmemorar de manera singular en el tiempo exacto de su aniversario.

1. Jueves Santo

La tradición sitúa en ese día la misa *in coena Domini* que pretende recordar lo que hizo Jesús antes de vivir su pasión y muerte. En el contexto de una cena pascual, Jesús hizo del pan y el vino los signos perennes y reales de su cuerpo entregado y de su sangre vertida. Es decir, en los signos del pan y del vino instituyó el sacramento de la eucaristía anticipando lo que llevaría a cabo en los días siguientes a través de su pasión, muerte y resurrección. El Jueves Santo se sitúa por tanto como preludeo, como anuncio global y sacramental de lo que se celebrará por separado y de manera progresiva en los tres días siguientes. Lo que propone el triduo en tres días distintos, el Jueves Santo lo presenta en síntesis condensado en el sacramento. Mientras el triduo pascual nos muestra en su dimensión histórica la realidad del misterio pascual único y místico, el Jueves Santo lo transmite en su dimensión ritual.

Entre los distintos elementos que componen la celebración de la misa *in caena Domini* nos pararemos solo en algunos para poner de manifiesto determinados aspectos que nos ayudan a captar en profundidad el sentido de todo lo celebrado.

1. El misal de Pablo VI da a la eucaristía de la tarde del Jueves Santo un triple carácter:

- *festivo*: es decir, solemne, se utilizan ornamentos blancos, el color pascual; se canta solemnemente el gloria, se tocan las campanas con aire de fiesta; se permite el uso de instrumentos musicales, luces, flores, etc.;
- *unitario*: en las parroquias se celebra una sola misa para toda la comunidad;
- *comunitario*: la misa es celebrada para una plena participación de toda la comunidad local, por lo que están prohibidas las misas sin pueblo o las celebraciones para grupos pequeños, poniendo así de manifiesto que la eucaristía es sacramento de comunión y de unidad eclesial.

2. Es importante y elocuente el rito del lavatorio de los pies, que significa que sin la caridad todo sacramento pierde su sentido y eficacia; es decir, la celebración no puede por tanto ser un hecho encerrado en los muros del templo sagrado, sino que ha de prolongarse en la vida cotidiana. Este gesto condensa y expresa el rico contenido que se proclama en la liturgia de la Palabra y se realiza en la liturgia eucarística: el mutuo servicio ejercido en la humildad y la caridad. No se trata simplemente de una representación teatral, dramática y sentimental, sino de un gesto simbólico y profético que expresa el deseo de la Iglesia de seguir el ejemplo de servicio de su Maestro.

3. Al final de la misa, la liturgia del Jueves Santo va seguida de la adoración eucarística. Las normas litúrgicas ratifican que el santísimo sacramento sea custodiado en un sagrario cerrado o en una custodia que no debe tener la forma de un sepulcro. La capilla de la reposición es preparada no para representar la «sepultura» del Señor, sino para custodiar el pan eucarístico, signo sacramental del Señor vivo, y con el fin de poder distribuir la comunión al día siguiente.

4. Otra peculiaridad de la celebración del Jueves Santo es la conclusión de la celebración: tras la procesión hasta el lugar de la reposición, la asamblea se disuelve sin ningún saludo explícito. De hecho, no hay bendición ni despedida de la asamblea por parte del sacerdote. Es una peculiaridad que nos hace entender mejor la intrínseca unidad del Triduo Pascual. La comunidad cristiana se encuentra por tanto en un permanente estado de convocación a las celebraciones más importantes del año litúrgico y que tienen lugar durante tres días consecutivos. La despedida será pronunciada solemnemente por el sacerdote, acompañada por el aleluya, solo al final de la celebración eucarística de la Vigilia Pascual.

2. Viernes Santo

En el Viernes Santo la Iglesia no hace un funeral sino que celebra la pasión y muerte victoriosa del Señor. Por este motivo se habla de pasión «bienaventurada» y «gloriosa». Es un día denominado «alitúrgico» porque no hay celebración de la santa misa ya que la Iglesia conmemora el día de la muerte histórica de Cristo. La liturgia de este día consta de tres momentos:

- a) La *liturgia de la Palabra*. En el centro de la liturgia del Viernes Santo está la proclamación de la Palabra de Dios. La sobriedad de los ritos introductorios lleva a colocarse inmediatamente en actitud de escucha para acoger esa Palabra. Se proponen tres temas de profundo e importante contenido: 1) el Siervo sufriente; 2) Jesús es el verdadero sacerdote; 3) el relato de la pasión. La liturgia de la Palabra se concluye con las «oraciones solemnes», una forma de plegaria universal que remonta al siglo v por todas las necesidades de la Iglesia y la humanidad. La extensión de las intenciones pone de manifiesto el carácter global de la redención obrada por Cristo con su muerte en la cruz.
- b) En lugar de la liturgia eucarística se hace la *adoración de la cruz*. En este día lo que era ignominia y escándalo para los paganos, se convierte para los cristianos

en objeto de adoración por ser signo e instrumento de salvación. El himno a la cruz cantado durante la adoración pone de relieve el contraste entre el árbol del Edén, del que procede nuestra ruina, y el árbol del Calvario, del que brota nuestra salvación: «¡Oh, cruz fiel y gloriosa, árbol noble y santo! Jamás el bosque dio mejor tributo en hoja, en flor y en fruto: tú eres el dulce madeiro que carga con su peso al Señor del mundo».

- c) El tercer momento está constituido por los *ritos de la comunión*. Con la última reforma de la Semana Santa, la Iglesia vuelve a dar a todos los fieles la posibilidad de comulgar en este día tan solemne. Comer el cuerpo del Señor, consagrado el día anterior, significa participar en el sacrificio redentor mediante el signo que él mismo nos dejó como memorial de su Pascua. En este sentido, el misterio de la cruz no se presenta ante nuestros ojos para ser contemplado, sino que penetra en nuestra existencia porque somos renovados por él.

3. **Sábado Santo**

Este segundo día del Triduo Pascual también es «aliturgico»: la única celebración del Sábado Santo es la Liturgia de las Horas. En este día se debe captar la resonancia del silencio fecundo y la eficacia de la alabanza de la Iglesia-esposa hacia Cristo, su esposo. En este día, la Iglesia está cerca del sepulcro del Señor, meditando su pasión y muerte, el descenso a los infiernos y esperando su resurrección con la oración y el ayuno.

Es un día de fe intensa y gran esperanza. Delante de la cruz se produjo el derrumbamiento de la fe y la esperanza: «Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel» (Lc 24,21). En los tremendos días de la pasión y muerte del Señor, solo una criatura, la más cercana al Señor, María, creó y esperó en el silencio de su corazón. La liturgia no menciona en absoluto a María, pero su actitud de confiada esperanza y espera ha hecho que este día sea dedicado a ella. Desde el siglo VIII se difundió la devoción mariana en el día del Sábado Santo.

El sábado está entre el viernes y el domingo, entre la memoria de la pasión y la de la resurrección. María lo llena porque en ese día del Sábado Santo, toda la fe de la Iglesia se recogió en ella. En su gran corazón de madre se recogía toda la vida del cuerpo místico, fue llamada a los pies de la cruz a ser su madre espiritual. Mientras la fe se oscurecía en todos, ella, la primera alma fiel, fue la única en mantener viva la llama, inmóvil en la oscuridad de la fe. Una vez más, la Iglesia se identifica en ella. En ese día cargó sobre sus hombros todo el edificio de la Iglesia, mucho más que Francisco. Esta es la razón que hace que el sábado sea el día de la Virgen. La antigüedad lo intuyó consagrándole este día, el último de la semana cristiana que precede inmediatamente al primero, el *dies dominicu* (M. MAGRASSI, *Maria e la Chiesa una sola madre*, Noci 1977, 45-46).

4. Vigilia Pascual

El Misal Romano afirma que esta es la «vela en honor del Señor» (Ex 12,42) por una antiquísima tradición; los fieles, llevando en la mano la lámpara encendida, se parecen a quienes esperan el regreso de su Señor (cf. Lc 12,35), de manera que cuando vuelva los encuentre todavía vigilantes y los haga sentarse a su mesa.

La Vigilia Pascual nos lleva a aquella noche en la que los judíos esperaron el paso del Señor para que los liberara de la esclavitud del faraón, celebrada por estos como memorial que ha de repetirse cada año, como figura de la futura Pascua «en que, rotas las cadenas de la muerte, Cristo asciende victorioso del abismo» (canto del *Exultet*).

La Vigilia está estructurada en cuatro momentos: *a*) el solemne inicio de la Vigilia Pascual o «lucernario»; *b*) la liturgia de la Palabra; *c*) la liturgia bautismal; *d*) la liturgia eucarística. Para captar su sentido nos pararemos solo en algunos momentos de su desarrollo.

a) La celebración comienza con el rito del *lucernario*, es decir, con la preparación y bendición del fuego con el que se enciende el cirio pascual. Desconocemos la fecha precisa en la que entró el cirio en la liturgia. Ya hablan de él Ambrosio, Agustín y

Jerónimo a finales del siglo IV. Lo que sí es cierto es que sus raíces se encuentran en el rito judío del lucernario, es decir, del encendido ritual y solemne de las lámparas en el atardecer del viernes para iniciar la fiesta del *Sabbat*. La liturgia de la Iglesia está hecha de signos que remiten a las realidades verdaderas que se celebran. Desde pequeños se nos ha enseñado que el cirio es símbolo de Cristo resucitado porque como el cirio da la luz en el acto de consumirse, Cristo también nos ha dado la vida con su muerte. Si el cirio evoca el significado pascual de muerte y resurrección, la bendición del fuego desde el cual es encendido el cirio lleva consigo el significado pascual del paso de las tinieblas a la luz, del caos al cosmos, del pecado a la gracia. Durante la procesión con el cirio dentro del templo, los fieles encienden sus lámparas con el cirio pascual. Este gesto es símbolo de la nueva vida que nos comunica el Señor con su resurrección por medio del Espíritu Santo. Al final de la procesión se canta el *Exultet*, una antigua composición lírica cuya estructura remonta al siglo IV y que proclama solemnemente el misterio de la alegría pascual. Es una *eucaristia*, un himno de acción de gracias por toda la historia de la salvación que, desde Adán hasta la última venida del Señor, encuentra en la resurrección del Señor su cumbre y su realización.

b) El momento más largo es la *liturgia de la Palabra* durante la cual se proclaman siete lecturas del Antiguo Testamento y dos del Nuevo. Es una liturgia de la Palabra muy desarrollada, entendida no solo con el fin de ocupar la noche en espera del anuncio de la resurrección, sino también para mostrar que toda la historia sagrada del Antiguo Testamento es una preparación al misterio de esta noche y al acontecimiento salvífico que se realizó en ella. Las lecturas nos introducen en el significado y el alcance que tiene la Pascua en la vida de la Iglesia y de cada cristiano, recorriendo las grandes etapas de la historia de la salvación hasta llegar al acontecimiento fundamental de la resurrección. Otro elemento que ha de ser subrayado es el canto pascual del aleluya. La Iglesia no lo ha cantado durante los cuarenta días de la Cuaresma y la liturgia hace solemne este momento haciendo cantar al sacerdote tres veces el canto pascual y haciendo que eleve cada vez el tono para significar la creciente intensidad de la alegría pascual.

c) Sigue la *liturgia bautismal*, ya que la Vigilia Pascual es el momento privilegiado para la celebración del bautismo. La Cuaresma, como preparación de la Pascua, se ha estructurado en función de la preparación de los catecúmenos. Aunque no haya bautismos, la Vigilia pretende de todos modos llevar a cada cristiano a las raíces de su propia fe, con la renovación de las promesas bautismales y la aspersion con el agua bendita.

d) El último momento de la Vigilia Pascual es la *liturgia eucarística*. Es el culmen de la vigilia en la que todos los ritos y las oraciones alcanzan su máxima fuerza expresiva. Si en cada misa celebramos la Pascua del Señor, con mayor razón lo hacemos en la anual Vigilia Pascual. La Iglesia eleva a Dios la oración eucarística con toda la intensidad del reconocimiento y la alegría, como está reflejado en el prefacio pascual: «En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación glorificarte siempre, Señor; pero más que nunca en esta noche en que Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmolado». La participación en el misterio salvador se realiza perfectamente con la participación en la comunión, en la que se nos alimenta con el Cordero inmolado, el verdadero, el que ha inaugurado la Pascua de la nueva y eterna alianza.

La Vigilia Pascual se concluye con la solemne despedida que clausura el Triduo Pascual: después de tres días de convocación permanente, la asamblea litúrgica recibe la solemne despedida con el doble aleluya pascual.

III. EL TIEMPO PASCUAL: EL RESUCITADO ENTRE NOSOTROS

1. *Latissimum spatium*

Algunas fiestas principales del cristianismo necesitan un cierto tiempo para ser acogidas y asimiladas. En la Iglesia primitiva, el misterio pascual no solo se celebraba en los tres días del Triduo, sino también en las siete semanas siguientes, denominadas como «tiempo pascual de los cincuenta días», como recuerda el término griego de *pentecosté* (50.º día).

La normativa litúrgica advierte a los cristianos que han de celebrar los cincuenta días que siguen del Domingo de Resurrección al Domingo de Pentecostés «en la exultación y la alegría como un único día de fiesta, es más, como el “gran domingo”» en el que la Iglesia exulta con el canto del aleluya por la victoria del Señor sobre la muerte y por la nueva vida que ha hecho germinar en los creyentes su participación en el misterio pascual. No es casualidad que los domingos de este periodo no sean denominados «domingos después de Pascua», sino «de Pascua», que se dilata con su contenido misterioso en ese tiempo pleno de la presencia del Resucitado. Precisamente por esta presencia, el periodo pascual es considerado como *latissimum spatium*, expresión muy querida por Tertuliano, un extenso espacio de inmensa e intensa alegría por la promesa mantenida por el Señor: «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (Mt 28,20).

La liturgia de este periodo pascual, mientras nos hace rezar pidiendo al Padre poder vivir «y continuar celebrando con fervor estos días de alegría en honor de Cristo resucitado», nos exhorta también a que reconozcamos en el inexorable transcurrir de los días al Resucitado que está entre nosotros (cf. Jn 20,19-29), venciendo el miedo del tiempo que devora todo y las situaciones de precariedad y vulnerabilidad que nos llevan a encerrarnos en la soledad y el desánimo. El mensaje que proviene del tiempo pascual es por tanto un mensaje de esperanza y está destinado al tiempo actual, ¡marcado por la preocupación por el futuro! El empeño renovado del que ha de ser revestido el cristiano se corrobora a partir de la conciencia de que este tiempo de renacimiento es tiempo de comunión fraterna.

- *Tiempo de renacimiento*: la Pascua coincide con la época de la primavera, estación en la que todo vuelve a nacer. Esto no genera efectos sentimentales, sino que provoca un despertar de la conciencia del hombre para que vuelva a pertenecer a Cristo y a reconocerse criatura de Dios. La presencia del Resucitado en medio de sus discípulos es fuente de nueva vida, inaugurada por la Pascua para la que la eternidad vuelva a manar en el tiempo actual y lo contagie de nueva vitalidad.

- *Tiempo de comunión fraterna*: el día después de la resurrección del Señor, la primitiva comunidad cristiana se encuentra junta, reunida en la escucha de la Palabra de vida y en el compartir fraterno. A través de sus apariciones, Jesús resucitado educa a los apóstoles a entender los nuevos signos de su presencia en el mundo. El, el viviente, mientras se deja tocar y rompe el pan, se muestra como el buen Pastor, el camino, la vida. Une a los hermanos en el amor, haciendo de ellos un solo corazón y una sola alma, sosteniendo incluso a quienes se encuentran en la adversidad de la vida.

2. El Misterio siempre presente

La Iglesia ofrece este periodo pascual a cada uno, sacerdotes y fieles, como oportunidad para conservar, con la gracia del Espíritu Santo, una mirada capaz de ver el misterio con ojos nuevos que le hagan percatarse de la presencia del Resucitado.

No se escapa por tanto a nuestra sensibilidad de cristianos la conciencia de que el Resucitado sigue viviendo hoy en la Escritura, la eucaristía, los sacramentos y la Iglesia, lugares donde obtenemos la fuerza de la fe, la paciencia de la esperanza y el impulso de la caridad. El cuerpo del Resucitado, bajado de la cruz y depositado en el sepulcro, vive ahora permanentemente junto al hombre, sobre todo en las *Escrituras* porque él habla cuando en la Iglesia se proclama la Palabra de Dios. Esta en la fuerza del Espíritu Santo, proclamada en la asamblea litúrgica, no es letra muerta, sino palabra viva que revive en el Viviente. ¿Qué es la liturgia de la Palabra si no el diálogo interpersonal con Cristo, Palabra viviente? A Dios que habla, por medio de las lecturas, el pueblo responde con los cantos y se adhiere a él con la profesión de fe. En este tiempo pascual somos llamados a hacer que arda nuestro corazón en la atenta escucha de la Palabra de salvación, como les pasó a los discípulos de Emaús. El cuerpo del Resucitado está presente en la *eucaristía*: en la traducción latina, los textos del Nuevo Testamento muestran la presencia del Resucitado con el adverbio *quotiescumque*: «Por eso, cada vez

que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva» (1 Cor 11,26). La misa renueva el acontecimiento de la cruz celebrándolo y lo celebra renovándolo. Pablo VI, en su encíclica *Mysterium fidei*, afirma que «por el misterio eucarístico se representa de manera admirable el sacrificio de la cruz consumado de una vez para siempre en el Calvario». Usa el verbo «representar» entendido en el fuerte sentido de re-presentar, es decir, de hacer nuevamente presente. El acontecimiento se realizó una sola vez (*semel*); el sacramento se realiza «cada vez» (*quotiescumque*). Gracias al sacramento de la Eucaristía, nos hacemos místéricamente contemporáneos del acontecimiento: se nos hace presente y nosotros nos hacemos presentes a él.

El cuerpo del Resucitado vive en la Iglesia: todavía más sintomático es el hecho de que la expresión «cada vez», utilizada para indicar la presencia de Cristo en su cuerpo eucarístico, sea la misma para identificar la presencia de Cristo en su cuerpo eclesial. En su mensaje a la comunidad de Corinto, Pablo denuncia las «divisiones» que causaban discriminación entre pobres y acomodados: mientras los primeros estaban hambrientos, los segundos comían y bebían hasta emborracharse pretendiendo sin embargo estar participando de la misma eucaristía. De modo fuerte e inequívoco, el apóstol argumenta: ¿cómo podéis pretender reconocer a Cristo en su cuerpo eucarístico cuando no sois capaces de reconocerlo en su cuerpo eclesial? Los pobres y necesitados de caridad son expresión privilegiada de su cuerpo eclesial. Y el Resucitado prometió que estaría presente precisamente en esta expresión privilegiada de su cuerpo eclesial, recurriendo a la expresión «cada vez»; en latín se quedó en *quamdiu* para significar la contemporaneidad de la acción hecha a los necesitados y a Cristo: «En verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mt 25,40).

El tiempo litúrgico de la Pascua, impregnado de la presencia del Resucitado, envuelve con impulso protector el tiempo del hombre, nuestro tiempo, para que la confianza no disminuya, la esperanza no se debilite y la caridad no se rinda. «Homo viator spe erectus», reza un antiguo adagio medieval: el hombre puede

caminar por los senderos de la vida gracias a la esperanza que le permite mantener la postura erecta, de resucitado, y mirar al futuro con confianza. Para caminar como viandantes hacia una meta es importante sentirse sostenidos por la esperanza. Y la esperanza para los cristianos tiene un nombre, se llama Jesús.

El tiempo pascual es el tiempo en el que la Iglesia nos espolea a confiar en el Resucitado y abandonarnos en él para experimentar cada uno y también como comunidad cristiana su presencia viva y activa que susurra al corazón de cada uno su deseo pascual: «¡La paz esté con vosotros!».

IV. EL TIEMPO DE ADVIENTO: EN CAMINO HACIA EL QUE VIENE

1. Un tiempo de preparación

El tiempo de Adviento es el periodo del año litúrgico que se coloca en los cuatro domingos que preceden a la celebración de la Natividad del Señor. Como para la Pascua, también para la Navidad se consignó un tiempo de preparación en Occidente. La Iglesia ha conferido a este periodo del año litúrgico el sentido de un tiempo de preparación a la solemnidad del nacimiento del Señor y de un tiempo a través del cual el espíritu es guiado hacia la espera de la segunda venida de Cristo al final de los tiempos. Ambos aspectos hacen que el Adviento sea un tiempo de espera devota y alegre del regreso final del Señor como está expresado en el libro del Apocalipsis, donde se afirma que el Espíritu y la Iglesia esposa dicen: «¡Ven!». Y el Señor, esposo que no decepciona las expectativas de su esposa, responde: «Sí, vengo pronto» (cf. Ap 22,17.20).

El Adviento es el tiempo de la Iglesia que se articula entre la primera venida de Cristo, realizada en la humildad de nuestra naturaleza humana y la final, que acaecerá al final de los siglos en el esplendor de la gloria. Se puede considerar como un puente, cuyos parapetos están estrechamente unidos, uno extendido hacia el pasado y el otro hacia el futuro. El primero es memorial de la venida histórica, el segundo es preparación a la venida glo-

riosa. En este sentido, podemos decir que Cristo es el que viene precisamente porque vino, pero también es el que vendrá porque *Semper veniens*. Entre la venida histórica y la gloriosa al final de los tiempos, la Iglesia experimenta la presencia del Señor cada vez que celebra la liturgia y los sacramentos, en los cuales lleva a síntesis y representa de modo integral ambos movimientos. Las dos perspectivas están estrechamente vinculadas entre sí. El nacimiento de Jesús prepara el encuentro definitivo con él: estamos en cierto modo ante el misterio de una única venida, en el sentido de que la primera da inicio a lo que se llevará a cabo en la segunda. El Adviento está caracterizado al mismo tiempo por las dos: a través de la tensión hacia la solemnidad de la Navidad, el Adviento se llena de devota y piadosa espera hacia la última venida del Señor. Por lo tanto, no son dos, sino una sola espera la que vive la Iglesia y que hunde sus raíces en el acontecimiento histórico de la encarnación.

El Adviento está caracterizado por la celebración de este movimiento y vivirlo significa introducirse en un itinerario, en un recorrido que nos encamina hacia quien viene: el término *adventus* indica de hecho la tensión dinámica hacia quien viene del futuro, que se hace presente en el hoy y que nos arrastra con él. La Escritura se concluye con una invocación que al mismo tiempo es una solemne profesión de fe: *Maranathá*, «Ven, Señor Jesús» (Ap 22,20), expresión aramea sintética que comunica toda la dinámica de la vida cristiana que es, en última instancia, espera del reino que viene, una realidad tan central del mensaje cristiano que está presente en la única oración que Jesús quiso enseñarnos: «Venga a nosotros tu reino». Una realidad que se proclama también en el corazón de la eucaristía, cúspide del culto cristiano: «Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ven Señor Jesús».

Los textos de la liturgia del Adviento hablan de una espera que tiene sus raíces en la historia (los profetas, las promesas mesiánicas), pero que se proyecta hacia el futuro de la segunda venida de Cristo al final de los tiempos. En el centro de esta tensión dinámica que vive toda la Iglesia en este periodo del año está la persona de Cristo, «el que ya ha venido» y «el que vendrá»: ha venido para llevar a cabo la promesa de Dios de salvar a la hu-

manidad y vendrá para hacer que se manifieste plenamente; ha venido para abrirnos el camino de la salvación, el camino del acceso a Dios, y vendrá para hacernos definitivamente partícipes de él. La espera de los creyentes está fundada en el pasado, pero se proyecta hacia un futuro que da sentido y valor al presente, al hoy del hombre, el cual espera la venida del Señor no de forma estéril, sino activa porque está sostenida por la fe, alimentada por la esperanza y corroborada por la caridad. Así, la Iglesia canta en el primer prefacio del Adviento: «Al venir por vez primera en la humildad de nuestra carne, realizó el plan de redención trazado desde antiguo y nos abrió el camino de la salvación; para que cuando venga de nuevo en la majestad de su gloria, revelando así la plenitud de su obra, podamos recibir los bienes prometidos que ahora, en vigilante espera, confiamos alcanzar».

Vigilancia y espera, características del Adviento, ¡exigen la virtud de la esperanza! El Adviento es el tiempo litúrgico de la gran educación a la esperanza: una esperanza fuerte y paciente; una esperanza que acepta la hora de la prueba, la persecución y la lentitud del desarrollo del reino; una esperanza que se abandona en el Señor que libera de las impacencias subjetivas y los frenesís del futuro programado por el hombre.

2. La corona de adviento

Hacia mediados de noviembre, en los países de Europa central se multiplican los indicios de que se aproxima el Adviento. Por todas partes se observan lámparas y figuras luminosas que decoran las calles y las tiendas y exponen los símbolos del Adviento y la Navidad; entre estos no puede faltar la corona de adviento. Parece ser un legado de antiguos ritos paganos que se celebraban en *yule* (diciembre): en este mes, sobre todo en los países de Europa del Norte, en los que las noches son largas y frías, los habitantes acostumbraban a recoger unas coronas y guirnaldas de abeto y encendían unos fuegos en signo de esperanza por el regreso de la buena estación. Durante el frío y la oscuridad de diciembre, periodo en el que se da el solsticio de invierno, momento en el que el sol deja de elevarse (o descender)

con respecto al ecuador del cielo, esta ritualidad expresaba el deseo de que la victoria final no fuera para el frío, la oscuridad y la muerte, sino para el calor, la luz y la vida.

A partir del siglo XIX, esta costumbre, aunque no pertenecía estrictamente a la tradición litúrgica, al poseer una connotación especialmente doméstica, se propagó desde el norte de Alemania a las casas e iglesias de muchos países europeos. Parece que la costumbre de encender velas de color colocadas encima de una corona de ramas de hoja perenne empezó en Hamburgo en el adviento de 1838, por iniciativa del joven pastor evangélico Johann Heinrich Wichern (1808-1881) que se implicó en la educación y el cuidado de los chicos de la calle dándoles comida y un techo donde vivir. En 1838 instituyó para ellos una casa que tomó el nombre de Rauhe Haus y los orientó hacia una profesión. Cada año, especialmente en el periodo antes de la Navidad, el pastor organizaba para los chicos momentos de oración que, además de cantos y narraciones, preveían encender una vela; de ahí el nombre de *Kerzenandacht* («celebración de las velas»). Un amigo del pastor preparó un círculo de madera para colocar las velas que inicialmente eran 24 (el número de días de diciembre que preceden a la Navidad) con el fin de formar una «corona de luz» (*Lichterkrantz*). A continuación, la corona se adornó con ramas de abeto como signo de vida. El uso de la corona de adviento se difundió muy pronto entre las familias de la ciudad donde además se redujo el número de 24 velas a 4, como los domingos de Adviento. Tras la Primera Guerra Mundial se propagó también en ambientes católicos y en 1925 hizo su primera aparición en una iglesia católica de Colonia y en 1930 en Múnich, mientras hacia 1935 se empezó a bendecirla en Austria para uso doméstico. En Italia esta tradición tuvo sus primeros pasos solo tras el Concilio Vaticano II, a partir del cual se desarrolló con consistencia su presencia en la iglesias, colocándola en un lugar visible del presbiterio, cerca del altar o del atril. En las familias se colocaba en una mesa, convirtiéndola en el centro alrededor del cual se reunía la familia por la tarde para un momento (cotidiano o semanal) de oración.

El *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia*, subrayando su valor simbólico y su connotación doméstica, se expre-

sa del siguiente modo sobre la corona de adviento: «La colocación de cuatro cirios sobre una corona de ramos siempre verdes, que es costumbre sobre todo en los países germánicos y en América del Norte, se ha convertido en un símbolo del Adviento en los hogares cristianos. La corona de adviento, cuyas cuatro luces se encienden progresivamente, domingo tras domingo hasta la solemnidad de Navidad, es memoria de las diversas etapas de la historia de la salvación antes de Cristo y símbolo de la luz profética que iba iluminando la noche de la espera, hasta el amanecer del Sol de justicia» (n. 98).

Por tanto, en el contexto del Adviento, un período caracterizado por la espera y la vigilancia en el cual es central el simbolismo de la luz, la corona de adviento ejecuta la función religiosa de anunciar la cercanía de la Navidad, prepararse a ella con la oración y manifestar que Cristo es la verdadera luz que ilumina las tinieblas del mal. Por su carga simbólica, puede convertirse en un instrumento eficaz para celebrar a Cristo, luz del mundo en la alegría de quienes lo esperan. La corona es ante todo un signo de realeza y victoria, anuncia que el Niño que se espera es el rey que vence las tinieblas con su luz. Es de forma circular porque el círculo es desde la antigüedad un signo de eternidad y de unidad: muestra el tiempo que regresa cíclicamente y simboliza también la espera del regreso de Cristo. Está constituida por un gran anillo hecho de hojas verdes de un árbol de hoja perenne, símbolo de la esperanza y la vida que no termina, la eterna. Tiene la forma de anillo, signo también de fidelidad, la fidelidad de Dios a sus promesas. Suspendida del techo, de lo alto, como era su colocación tradicional, a modo de candelabro antiguo, para mostrar la luz que viene de lo alto. Encima de ella se fijan cuatro velas puestas a igual distancia entre ellas, para significar las cuatro semanas del Adviento y se enciende progresivamente una cada vez, cada domingo. Su consumirse pone visiblemente de manifiesto el transcurrir del tiempo y el aproximarse a la Navidad, mientras la luz aumenta gradualmente de domingo en domingo.

Una tradición muy difundida sugiere también el nombre de las velas dedicadas a cuatro figuras típicas de la espera mesiánica: la primera vela es llamada «del Profeta» porque recuerda las profecías sobre la venida del Mesías; la segunda vela es llamada

«de Belén» para recordar la ciudad donde nació el Mesías; la tercera vela es llamada «de los pastores», los primeros que vieron y adoraron al Mesías; la cuarta vela es llamada «de los ángeles», los primeros en anunciar al mundo el nacimiento de Jesús; en algunos sitios, se utiliza también una quinta vela central que se enciende el día de Navidad para recordar y celebrar el nacimiento de Jesús.

Por lo tanto, lejos de ser relegada a un simple objeto decorativo, la corona de adviento es un símbolo que, mientras cadencia el ritmo de los días de preparación a la Navidad del Señor, pauta también el camino de conversión de cada cristiano, hecho de vigilancia activa y espera, iluminado por la esperanza confiada del Cristo que «viene ahora a nuestro encuentro en cada hombre y en cada acontecimiento» (III Prefacio de Adviento).

V. EL TIEMPO DE NAVIDAD: LA MANIFESTACIÓN DEL SEÑOR

1. **Una estrella con dos extremos**

El tiempo de Navidad es la estación del año litúrgico que más atrae la atención de pequeños y mayores tanto por la atmósfera de luces con que se reviste como por las tradiciones populares arraigadas. Se gira en torno a dos grandes fiestas principales: la Navidad y la Epifanía que forman casi los dos extremos de una estrella y que juntas expresan de forma evidente el misterio que se celebra. Estas dos fiestas están en estrecha relación entre ellas y celebran evidencias diferentes del mismo misterio de la encarnación y la manifestación del Señor.

En un principio constituían una celebración que tenía un único objeto: la encarnación del Verbo de Dios, aunque con énfasis distintos. Solo a partir de finales del siglo IV se hace la distinción de las dos fiestas con contenido diferente. Es un dato ya aceptado que el 25 de diciembre no es históricamente el día del nacimiento de Cristo. Esta fecha no fue elegida por su coincidencia con el acontecimiento histórico, sino para «cristianizar» las fiestas paganas del solsticio de invierno que celebraban al *Sol invictus*, la

victoria anual del sol sobre las tinieblas. El solsticio se celebraba el 25 de diciembre en Roma y el 6 de enero en Oriente: esto explica el nacimiento de una doble solemnidad en fechas distintas, una de origen occidental, la Navidad, y otra de origen oriental, la Epifanía. El nombre distinto que se les dio muestra bien su respectiva fisonomía: la Navidad tiene una referencia indudable al aniversario del nacimiento que en Roma celebra el hecho histórico del nacimiento de Jesús en Belén; el término oriental de Epifanía, más que un hecho histórico, muestra un aspecto del misterio, a saber: Dios se manifiesta en la naturaleza humana de Cristo. Este aspecto está en la base de algunos acontecimientos descritos en la Escritura: los Magos reconocen en Jesús al Mesías esperado; el bautismo del Jordán revela que Jesús es el Hijo predilecto del Padre; Jesús realiza en las bodas de Caná el su primer «signo» de misericordia.

La Iglesia dedicó a estas fiestas un significado distinto para alejar a los fieles de las formas paganas que sustituía por la fiesta del nuevo «sol invencible», Cristo, «sol de justicia» (Mal 3,20) y «luz del mundo» (Jn 8,12), inmensamente más resplandeciente que la que emana de los astros celestes. Este origen explica que la Navidad pertenezca al calendario solar y, por lo tanto, sea una fiesta fija, a diferencia de la Pascua, que es una fiesta móvil porque está relacionada con el calendario lunar judío. Además, esta celebración también respondía a una exigencia de la vida interna de la Iglesia de los primeros tiempos: en el siglo IV, el arrianismo negaba la divinidad de Cristo y reducía la Iglesia a un aspecto puramente humano y jurídico, lo que socavaba el contenido de la fe cristiana. En cambio, la Navidad proclamaba el aspecto divino de Cristo y la Iglesia, con la consiguiente divinización del hombre, con lo que constituía una espléndida afirmación del Concilio de Nicea (325). Pronto Oriente enriquecerá su liturgia con la solemnidad de la Navidad romana y Occidente con la de la Epifanía oriental.

Por lo tanto, en el tiempo de Navidad, la comunidad cristiana vuelve a evocar y actualiza a través de los ritos y las oraciones de la liturgia la plena y definitiva «manifestación» de Dios en su Hijo, Jesucristo, luz del mundo. Es significativo que tanto la liturgia de Navidad como de Epifanía retoman en el prefacio el tema de la luz entendida como iluminación que hace pasar de

la noche al día, de las tinieblas del pecado al esplendor de la gracia divina, pero también como principio de vida nueva. El tema de la luz es el elemento simbólico principal para expresar el misterio de la salvación que la Iglesia celebra en este tiempo. En el misterio de Navidad, el Hijo de Dios, asumiendo la naturaleza humana, es como una luz que revela el rostro de Dios y abre un camino de acceso a la salvación: «Gracias al misterio de la Palabra hecha carne, la luz de tu gloria brilló ante nuestros ojos con nuevo resplandor para que conociendo a Dios visiblemente, él nos lleve al amor de lo invisible» (I Prefacio de Navidad). La solemnidad de la Epifanía retoma y desarrolla el misterio de Navidad, donde Cristo es presentado como «luz» que ilumina, revela y lleva luz y salvación: «Hoy has revelado en Cristo, para luz de los pueblos, el verdadero misterio de nuestra salvación; pues al manifestarse Cristo en nuestra carne mortal nos hiciste partícipes de la gloria de su inmortalidad» (Prefacio de la Epifanía).

Aunque la Navidad nació de manera independiente de la Pascua, no por ello se ha de considerar como una celebración autónoma, separada, paralela y alternativa a la Pascua. El misterio de la encarnación que celebra la Navidad tiene como término de referencia y meta de su orientación el misterio de la redención que culmina en el de la pasión, muerte y resurrección del Señor. Cada vez que recitamos el credo, decimos con verdad que Jesús «por nosotros los hombres y por nuestra salvación, bajó del cielo y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen». Desde las primeras generaciones cristianas, los acontecimientos de la vida terrena de Jesús fueron vistos a la luz de la Pascua. La visión pascual permite captar la vida de Jesús en su dimensión más profunda y verdadera: es decir, en la luz del designio salvífico de Dios que «tanto amó al mundo que entregó a su unigénito» (Jn 3,16).

Este modo de concebir el misterio está basado en la tradición bíblica, patristica y litúrgica de la Iglesia: el evangelista Lucas, que escribió su evangelio con la intención de completar las narraciones sobre Jesús con los acontecimientos de su infancia, ve en el niño Jesús y en los hechos que acompañaron su nacimiento el anuncio del acontecimiento pascual. La tradición iconográfica, basándose en el relato evangélico de los primeros momentos

de la vida de Jesús, consideraba la Navidad en un contexto decididamente pascual: el niño envuelto en pañales reenvía al cuerpo de Jesús envuelto en el sudario, el pesebre está representado por la tumba del sepulcro, la noche luminosa del nacimiento del Señor reenvía a la noche gloriosa de la resurrección del Redentor.

Si la salvación tiene su nudo central en la Pascua de Cristo, la Navidad no es más que el punto de partida de este acto salvífico. La vida divina penetra con la encarnación en la humanidad por medio de la persona de Jesucristo, por quien se hizo posible la salvación para cada hombre gracias a la pasión, muerte y resurrección del Señor. Por lo tanto, en el centro de la celebración de la Navidad y la Epifanía está el acontecimiento de la encarnación del Hijo de Dios en la historia de los hombres, que vino para ser luz en las tinieblas y traer al mundo la salvación. Tanto los textos bíblicos como los litúrgicos nos salvan del riesgo de reducir la fiesta de Navidad al simple recuerdo nostálgico de un hecho conmovedor y emotivo encerrado en el pasado y se abren al mismo tiempo a la perspectiva de la novedad que trajo consigo la entrada de Dios en la historia humana. San León Magno, gran papa del último decenio del siglo IV, gustaba decir que la Navidad de la Cabeza es también la Navidad del Cuerpo, para significar que la Navidad es la fiesta del hombre hecho hijo de Dios.

2. El pesebre

Entre las diversas manifestaciones religiosas que reserva la piedad popular al periodo navideño, el pesebre es la que más implica a las familias, las comunidades parroquiales o las asociaciones culturales de muchos pueblos y ciudades. El billete de presentación más auténtico de la Navidad es la tradición del pesebre —reducida a lo esencial con una sencilla cabaña, una estrella y la Sagrada Familia o enriquecida con gran variedad de personajes— que se monta en las familias, incluso en la más pobre o menos sensible al misterio cristiano, y en las parroquias, también en las más pequeñas y perdidas.

En el primer milenio del cristianismo, la Navidad del Señor, celebrada solemnemente en la liturgia y la memoria de los rela-

tos deducidos de los evangelios apócrifos, contagió de su contenido la escultura, los mosaicos, la pintura hasta alcanzar al teatro en la Edad Media, la escenografía y las representaciones sagradas. El paso gradual de la Palabra de los relatos antiguos a la celebración litúrgica del misterio de la encarnación, a la imagen pintada y esculpida, constituye la clave hermenéutica para captar su verdadero significado.

En el año 404, san Jerónimo escribía a Eustoquio que Paula, en una peregrinación a Belén, entró en el *specum Salvatoris*, el lugar donde nació el Salvador: una gruta, un establo. En el imaginario popular cristiano, promovido por el incremento de las peregrinaciones a Tierra Santa, se dio siempre el intento constante de reproducir este pequeño rincón de Belén con reproducciones que a menudo llevan la denominación típica de pesebre, el término latino que significa comedero de animales.

En Roma, la Basílica de Santa María la Mayor, en el monte Esquilino, que desde el siglo IV adoptó la denominación de *Sancta Maria ad praesepe*, constaba en su inicio de un oratorio que reproducía la simbología estructural de la gruta de Belén. Los numerosos peregrinos que regresaban a Roma de Tierra Santa llevaron como donativo preciosos fragmentos de madera de la sagrada cuna (*cunabulum*) que todavía hoy se conservan en la teca dorada de la Confesión. También en la Basílica Vaticana y en la de Santa María de Trastevere se construyeron capillas que conservan el término de *ad praesepe* en sus títulos antiguos.

Hasta el siglo XII, la iconografía de la Navidad no celebraba la pobreza del nacimiento del niño Jesús en una gruta fría, heladora, sino que exaltaba la realeza de Cristo. En el periodo entre los siglos XII y XIII, el arte triunfal deja paso a la representación popular que, reapropiándose de los relatos apócrifos, identifica al niño Jesús pobre del pesebre con la gente pobre de Belén, dando también vida en los espacios de las basílicas a las representaciones sagradas del nacimiento del Salvador. El llamado «Pesebre de san Francisco de Greccio» se sitúa en este contexto de reapropiación, donde las escenas de la Navidad se someten a un proceso de «humanización» y muestran una devoción más «carnal» del pueblo hacia el misterio del nacimiento del niño Jesús. La devoción a la humanidad de Cristo de este pesebre de

Greccio es conocida tanto por sus escritos como por sus primeras biografías.

El deseo de volver a evocar el nacimiento de Jesús maduró en 1223, después del viaje de san Francisco a Palestina. Pidió Giovanni Velita, castellano de Greccio, que le dejara disponer de sus bosques para poder celebrar la Navidad del modo más verdadero posible y poder constatar concretamente la pobreza y las dificultades en las que nació el niño Jesús. Durante la noche de Navidad de ese año, san Francisco volvió a evocar el nacimiento de Jesús, organizando una representación viviente. Preparó una gruta, el pesebre, la paja e hizo traer un buey y una mula con el fin de reproducir el *specum Salvatoris*. Durante la misa celebrada en el pesebre habría aparecido un niño que san Francisco habría estrechado en sus brazos. De este modo, el santo quiso hacer que el misterio de la encarnación fuera más accesible y de más fácil comprensión para los fieles. A partir de ese momento, Belén y Greccio fueron una unidad: en Belén se realizó el misterio de la divina encarnación de Cristo; en Greccio tuvo su inicio la mística evocación de la Navidad del Señor.

El *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia* afirma que

[...] además de las representaciones del pesebre de Belén, que existían desde la antigüedad en las iglesias, a partir del siglo XIII se difundió la costumbre de preparar pequeños nacimientos en las habitaciones de la casa, sin duda por influencia del «nacimiento» construido en Greccio por san Francisco de Asís, en el año 1223. La preparación de los mismos (en la cual participan especialmente los niños) se convierte en una ocasión para que los miembros de la familia entren en contacto con el misterio de la Navidad, y para que se recojan en un momento de oración o de lectura de las páginas bíblicas referidas al episodio del nacimiento de Jesús (n. 104).

La representación del nacimiento del Salvador que en cada familia se transforma plásticamente en el pesebre, es un estímulo para vivir la Navidad con un corazón renovado, recibéndola en la cabaña de Belén con el «asombro» ante un Dios que se hace hombre y «compartiendo» la salvación que ha sido dada en el niño Jesús.

VI. LO ETERNO CELEBRADO EN EL TIEMPO

El tiempo es el medio a través del cual el creyente entra en contacto con lo eterno. Toda la existencia terrena con los años, meses, días y horas constituye el instrumento, el trámite a través del cual Dios busca al hombre, se hace oír, le habla y se da a él para establecer una relación de amistad y alianza eterna.

En la dimensión del tiempo se realiza la historia del complicado diálogo entre Dios y el hombre, la historia de la salvación. Una historia que no nace en la mente de un poeta o de un sabio iluminado, sino en una llamada que resuena en los oídos de Abrahán en un tiempo y en un lugar bien precisos. Una historia que se manifiesta en las experiencias de un pueblo concreto, el pueblo de Israel; una historia que se hace visible en un hombre concreto, Jesús de Nazaret; una historia que sigue manifestando la presencia y la acción de Dios a través de la realidad visible de la Iglesia y de los sacramentos.

En el centro de este misterioso y fascinante diálogo entre Dios y el hombre, entre lo eterno y el tiempo, está el encuentro entre la divinidad y la humanidad en la encarnación del Verbo, en el nacimiento del Hijo de Dios en nuestra carne mortal. «Cuando llegó la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo...» (Gal 4,4): ¡es la realización de la historia de la salvación de Dios por medio de Jesucristo, su Hijo! La venida de Cristo en el mundo y la historia da sentido y cumplimiento a la vida del hombre y da una nueva tonalidad al tiempo: ya no es un tirano del que defenderse, sino una constante oportunidad de realización, camino y crecimiento.

Precisamente en el arco de un año, es decir, en el espacio de una vuelta completa de la tierra alrededor del sol, la liturgia, como lugar privilegiado del encuentro con Dios, nos hace hoy partícipes de todo el misterio de Cristo, haciéndonos recorrer sacramentalmente y no solo como un simple recuerdo, todas las etapas de su existencia terrena, haciendo que ya hoy seamos de algún modo partícipes de su vida divina. El año litúrgico se presenta como un verdadero «sacramento», es decir, como un instrumento en y a través del cual Dios se hace presente como en

la humanidad de Cristo y nos comunica su vida divina por medio del Espíritu Santo. El año litúrgico no celebra el misterio de Cristo de manera genérica, sino que lo celebra en sus distintos momentos y episodios que son llamados «misterios»; a través de ellos, Cristo llevó a cabo nuestra salvación, teniendo su culmen en su muerte y resurrección. El misterio pascual, centro y fundamento del año litúrgico, resume toda la historia de la salvación: la que precede a la encarnación y la que sigue a la ascensión hasta la vuelta definitiva de Cristo. Cada misterio de la vida de Jesús no es independiente del resto, sino que todos se sostienen por el misterio pascual que los unifica: así, por ejemplo, el nacimiento del Señor recibe su significado salvífico de ese; la encarnación del Hijo de Dios reenvía a la pasión y la redención. Todos los misterios y todos los acontecimientos de la vida de Jesús, evocados en el arco del año litúrgico, reciben la plenitud de su significado en la Pascua.

En la luz pascual, la Iglesia celebra el culto a los santos que son la imagen más verdadera y perfecta de lo que es el acontecimiento de Cristo muerto y resucitado porque son partícipes de la plenitud de la redención. Por lo cual, cuando la Iglesia celebra el «día natalicio» de los santos, celebra y renueva la realización en ellos del misterio pascual del Señor (cf. SC 111). La comunidad cristiana, peregrina en la tierra y de camino hacia la Jerusalén celestial, está sostenida por la intercesión de los santos, cuya vida resplandece a lo largo del tiempo como una continuación o una memoria continua de la vida de Cristo.

En el gran preludeo de la Vigilia Pascual que es el lucernario, al final de la bendición pronunciada sobre el fuego, el celebrante incide una cruz en el cirio pascual diciendo: «Cristo ayer y hoy, principio y fin». Luego traza sobre la cruz la letra alfa y del mismo modo traza bajo la cruz la letra omega. Dentro de la cruz traza las cuatro cifras del año corriente proclamando: «Suyo es el tiempo, y la eternidad. A él la gloria y el poder por los siglos de los siglos». Sobre la columna de cera, símbolo de la luz que es el cuerpo glorioso del Resucitado, la Iglesia no traza solo los signos de la pasión de Cristo, sino que desde hace siglos incide el alfa y el omega, los signos del tiempo desde su inicio hasta su fin, afirmando que Cristo es el Señor del tiempo.

La presencia de Cristo y de cada acontecimiento salvador de su vida histórica en las fiestas y tiempos del año litúrgico convierte a estos en periodos de gracia y salvación. En este sentido, la comunidad de los creyentes está llamada a vivir cada año el tiempo que transcurre en la luz del misterio de Cristo, cargado de salvación; cada año, con la vuelta de un nuevo ciclo litúrgico, está llamada a escribir su historia de la salvación, prosiguiendo sin descanso su camino de conversión y de seguimiento a Cristo. Por lo tanto, si el alma «recorre de verdad como un misterio el año místico en unión con su madre la Iglesia, todo lo que está contenido en el año se convertirá en ella en realidad efectiva» (O. CASEL, *Il mistero del culto cristiano*, 119) [trad. esp.: *El misterio del culto en el cristianismo*, Barcelona 2002].

